



Leona

La caravana de limusinas negras llegó puntual a mediodía, cuando por la mansión aún reverberaban las campanadas del reloj de carillón. En el amplio pasillo de la primera planta, Leona atisbaba a la comitiva a través de un ventanal. Su secretario, Richard Colenster, se había apostado junto a la verja para recibir a aquella bandada de buitres ávidos de merendar a costa del cadáver de su marido, el difunto Howard P. Carrington: rico magnate, genio de las finanzas, empresario todoterreno y traidor repugnante, que en paz descanse de una vez por todas.

Los vehículos tenían que detenerse junto a la verja exterior, dejar bajar a sus ocupantes y seguir su camino, porque la pista que cruzaba el jardín hasta el aparcamiento privado estaba intransitable. El equipo de jardinería al completo había dimitido a los pocos días de confirmarse el fallecimiento del señor Carrington y el viento otoñal no había sido clemente con los viejos robles. Uno, en particular, había decidido marcharse también y, tan traidor como los empleados, se partió por la base una tarde de tormenta, atravesando el camino y cortando el paso. Leona había padecido las consecuencias del contratiempo en sus propias carnes, que no eran escasas, hacía apenas unos minutos.

El trayecto de regreso del cementerio había transcurrido en un silencio apropiadamente sepulcral. Leona iba pensando en todos los trámites que había tenido que superar en torno al testamento. ¡Lo que tiene que hacer una para heredar unos míseros milloncejos!, se decía. La habían hecho perder toda la mañana en aquella oficina. Por su culpa, casi llegaron tarde al funeral. ¿Qué habría pensado la gente? Malditos burócratas. Era imperdonable. Richard



tendría que haberse dado más prisa con los sobornos. La próxima vez, compraría esas oficinas tan aburridas. ¿Cómo se llamaban? Ah, sí: Hacienda Pública. Se lo diría a Richard: la próxima vez, las compraría enteras.

Pensaba en esto cuando Paolo, el chófer, había detenido el vehículo, aludiendo que era lo más cerca que podía dejarla. ¿Había cierto tono de regocijo en su voz? Tan breve de palabra como de estatura, Paolo siempre le había resultado impenetrable, y más en estas últimas semanas, desde que se diera por desaparecido al señor Carrington, con quien el chófer mantenía una buena relación. Leona no quería perderlo como había perdido a los jardineros, así que intentó animarlo como mejor sabía.

—Toma, cómprate algo bonito —le dijo antes de bajarse del coche, rompiendo el largo silencio—. Una gorra, por ejemplo. —Le entregó cincuenta dólares y se rio para quitarle importancia a tan generoso gesto. Leona, aunque no muy aficionada al cine, había visto películas suficientes para saber que una risa como la suya siempre se asociaba a la bruja malvada. No entendía por qué. Para ella no había risa más sincera.

Abandonada en la carretera como una perra sin dueño, Leona había tenido que caminar desde la verja hasta la casa. Evitar el roble caído le suponía dar un gran rodeo. Estaba a punto de entrar el invierno, pero el sol la hacía sudar.

—Qué calor da el negro —se dijo, y arrojó el velo entre unos arbustos. Se apoyó en una fuente, pero eso no la refrescó, porque no salía de ella ni un mísero hilillo de agua—. ¡Para qué querré yo un jardín tan grande! —se había repetido, aunque no en voz alta. Le faltaba el aliento.

La mansión, de tres plantas, se alzaba a las afueras de Nueva York, en una zona boscosa, tranquila y, lo más importante, libre de vecinos. Lo único que veía desde su ventanal, más allá del jardín delantero, la verja y la carretera, era una frondosa arboleda. Pasada esta aún sobrevivían un par de granjas y, algo más allá, un convento, recordó Leona. A veces se descubría escudriñando el horizonte en su dirección, aunque sabía de sobra que estaba fuera de la vista. A Dios gracias.

Sonó el teléfono de su salita de estar privada, adyacente al dormitorio principal. Ya estaba harta de condolencias, pero entró a cogerlo. Al ir a sentarse, se encontró en el sillón a Fuffy, su fiel pequinuesa: un colmillo dentro, el otro fuera. Estaba monísima como siempre con su collar de perlas. La perrita apenas alzó un párpado y una oreja al sentirla acercarse y, como era su costumbre, gruñó. Leona la levantó del asiento para ocuparlo ella y se colocó a Fuffy sobre el regazo.



—¿Quién es?

—Mi más sentido pésame, señora Carrington —dijo una voz misteriosa.

—Sí, sí, lo que usted diga —interrumpió, hastiada. Estuvo a puto de colgar, pero el hombre siguió hablando.

—Me habría gustado decírselo en persona, pero nadie me invitó al entierro —continuó, y el tono de reproche dio paso a un susurro cargado de peligro—. Me he visto forzado a asistir desde la distancia.

Leona no era mujer que se dejase impresionar fácilmente, pero con aquellas palabras se le erizaron hasta los visones del ropero. Fuffy gruñó.

—¿Quién habla? —exigió.

Al otro lado de la línea se oyó un chasquido metálico.

—Usted no me conoce, pero llevo algún tiempo observándola. —El hombre sopló como si apagara una vela—. Sepa que estoy al corriente de su secreto.

—¿Mi secreto? —preguntó Leona, intrigada—. ¿Cuál de ellos?

La voz misteriosa rio a carcajadas.

—Es usted tan graciosa, señora Carrington... —La frase quedó en el aire, cerrada por un chasquido similar al anterior.

—Escúcheme, individuo anónimo con malas intenciones: como se vuelva a meter en mi vida, ¡se va a enterar de quién es Leona Carrington!

—¡Yo ya sé quién es usted! —rugió la voz—. ¡Y me encargaré de que el mundo entero también lo sepa!

Leona colgó el auricular. Fuffy, en su regazo, dejó escapar un gemido lastimero.

—¿Lo oyes, Fuffy? —dijo Leona, pensativa—. Es la tempestad en el horizonte... —Fuffy gruñó—. Pero Leona Carrington siempre tiene un plan. ¿Verdad, mi pequeño bombón? Sí... Tenemos un plan.

Desde el jardín llegaban voces que la devolvieron al presente. El cortejo ya avanzaba por entre los árboles. Tenía que asegurarse de que todo estuviera en orden.

—¡Chumina, Chumina!

Se ajustó los guantes negros, agarró la campanilla plateada de llamar al servicio y la agitó con vigor.

—¡Chumina, Chumina!

Con la otra mano acariciaba a Fuffy de la cabeza a la cola. La perra gruñía con cada manotazo.

—¡Chumina! —repetía Leona, agitando la campanilla con vigor.

La criada, Chumina Stafa, apareció al fin. Era un desbarajuste de brazos,



piernas y tendones que vestía de negro salvo por la cofia y el delantal blancos. Su rostro alargado estaba perlado de sudor. Leona no comprendía cómo un cuerpo tan nervioso y desgarrado conseguía mantenerse en pie, sobre todo con esos taconazos que gastaba.

Al entrar, Fuffy le gruñó. Leona soltó la campanilla, ya innecesaria, que trazó un arco en el aire y cayó sobre la alfombra con un último tintineo seco.

—¿Llamaba la señora? —dijo la criada con su extraño acento. Le había preguntado una vez de dónde venía—. ¿La muá? Madam, ¡je suí de la France! —había dicho entonces. Cuadraba con su figura de baguette.

—Pues claro que llamaba, qué pregunta más tonta.

Mientras Chumina se agachaba, Leona aprovechó para quitarse el collar de perlas y dejarlo caer al suelo junto a la campanilla. También tendría que cambiarse de vestido, pensó. Este estaba cubierto de pelos grises de la perra.

—Ya he tenido bastante con las perlas, ¡son tan vulgares! Me pondré los diamantes.

—Como ordene la señora —dijo Chumina con retintín mientras gateaba desde la campanilla hasta el collar.

Eso le dio a Leona unos segundos para pensar en lo que la estaba preocupando. ¿Habría hablado esa voz misteriosa con alguien más? Leona miró el trasero redondo de la criada, planeando cómo sonsacarle lo que quería saber, pero aguardó a que estuviera en pie para poder mirarla a los ojos cuando respondiera

—¿Ha llamado alguien en mi ausencia? —preguntó al fin.

—No, nadie —aseguró Chumina—. ¿Esperaba la señora alguna llamada?

—Señorita Chumina Stafa: sabe que no tolero preguntas indiscretas ni chismorreos entre el servicio. —Aquí las preguntas las hacía ella.

—¡No era mi intención! —se disculpó la criada.

Leona quedó satisfecha: no parecía saber nada. Cambió de tema.

—¿Cómo van los preparativos?

—Mal, señora —empezó Chumina, pero, antes de poder explicarse, Leona ya estaba montando en cólera.

—¡¿Qué quieres decir, “mal”?! —La campanilla había vuelto sobre la mesita y a Leona le entraron ganas de tirársela a la cabeza.

—¡Pues que yo no puedo hacerlo todo, señora!

—¿Y qué culpa tengo yo si el servicio me abandona? —se defendió Leona. Chumina no respondió a esto, pero Leona pudo ver cómo se mordía la lengua. “Así te envenenes, víbora”, pensó. —Richard ha llamado a varias camareras, ya tendrían que haber llegado.



–Habr  llamado al Papa de Roma, señora, pero sigo sola como la una.

–Pues tendrás que apa artelas. Voy a darles a esos carroñeros una fiesta que no olvidarán.

Chumina la interrumpió.

–Es un funeral, señora.

–Eso he dicho, Chumina, no me corrijas. Esta es la fiesta de despedida del señor Carrington y tiene que ser perfecta. –También sería la fiesta de despedida de la mayoría de los invitados, pensó, a los que no tenía ninguna intención de volver a ver en su vida.

De repente, se dio cuenta de algo.

– D nde está Fuffy?

–No lo sé, señora.

–La tenía aquí hace un segundo.

–Si lo dice la señora...

–Con tanto trasiego de gentuza, temo que se pueda escapar.  Ve a mirar al porche!

–S , señora.

Chumina hizo amago de irse, pero Leona la detuvo.

– No! Están llegando los invitados. No salgas ahora.  Pero b scala!

–Lo que mande la señora.

–En cuanto la encuentres, le das de comer.

Chumina asintió y empezó de nuevo a girarse, pero Leona no había terminado.

–Y pon a enfriar más champán.

–S , señora.

Cuando ya se había dado media vuelta, Leona habl  otra vez.

– Y saca los canapés!

– Que s , señora!

En ese momento son  la campanilla de la puerta de servicio.  Las camareras! Chumina suspir  aliviada, lo que enerv  a Leona.  A ver si pensaba esta que iba a poder relajarse!

– En marcha! –le grit .

Chumina dio un respingo y salió corriendo a pasitos cortos. Leona se levantó del sillón para seguirla.

– Fuffy?  Fuffy!

No podía entretenerse ahora buscándola. Tenía que bajar a recibir a los invitados. Sacó con presteza el collar de diamantes del joyero y se lo colocó



mientras bajaba el primer tramo de las escaleras. Se detuvo en el rellano central, donde los dos brazos superiores de la escalinata se unían en uno, para mirárselo frente al gran espejo que presidía el opulento recibidor. El collar era majestuoso... pero quien dijo que el negro adelgaza, mentía.

Satisfecha a pesar de todo con su aspecto, Leona descendió los escalones con parsimonia, acariciando el pasamanos de caoba. Chumina, todavía con el collar de perlas en la mano, estaba en la cocina dando instrucciones a las camareras, seis chicas al borde de la mayoría de edad que aferraban las maletitas gastadas como si el uniforme que contenían fuese su única posesión en la vida. Y quizá lo era.

—Vosotras dos —dijo en cuanto salieron de la despensa alisándose los delantales de hilo— empezad a sacar copas, que los invitados en esta casa siempre tienen mucha sed... por no hablar de la señora. ¡Y subid más botellas de la bodega, que hay que enfriarlas! —Recorrió el grupo con el dedo antes de detenerse en una—. Tú, que eres mona, ve a la puerta y ocúpate de los abrigos y las pieles, ¡pero nada de hurgar en los bolsillos! —De eso ya se encargaría luego Chumina, pensó Leona—. Vosotras dos, os quiero paseando bandejas de canapés como si os fuera la vida en ello, y tú... tú... —Había hecho mal las cuentas, le sobraba una—. ¡Ah, sí! Tú sal a buscar a la perra. Es enana, fea y malcriada. Se llama Furry, Putty, algo así. —A Leona le dieron ganas de estrangular a Chumina, pero era un sentimiento al que estaba acostumbrada—. Si te gruñe, es esa. ¡Andando!

Dio dos palmadas y las chicas salieron en desbandada como palomas. Chumina, recostada contra la puerta de una alacena, sonrió ufana.

—Si es que yo he nacido para rica... —se dijo, tomando una copa de champán de la primera bandeja que salía. Lo que para ella era desparpajo a Leona le parecía tener muy poca vergüenza.

La primera invitada en entrar fue Florence. La prensa de sociedad la había definido una vez, en relación a Leona, como “su mejor enemiga”. Florence se había mostrado consternada ante un error de imprenta tan desafortunado, pero Leona seguía encontrando la definición de lo más acertada.

—¡Amiga Florence, qué sorpresa! —la recibió—. Ha pasado tanto tiempo que ya casi había logrado olvidarme de ti.

—Mi más sentido pésame, Leona.

—Ya, ya, no hace falta que todos repitáis la misma cantinela. Gracias por venir.

—No podría perderme un evento tuyo, y menos uno de este calibre. ¡Siempre hay tantas cosas que criticar...!



—No sería lo mismo sin ti, amiga mía. Ni la fiesta, ni las críticas.

—Voy en seguida a comprobar si el caviar es tan bochornoso como en todos tus innumerables cumpleaños.

—No te apresures con la bebida, Florence. No querrás acabar como la última vez.

Cada una dejó escapar una carcajada que murió rápidamente, apuñalada por la mirada de la otra. El desprecio es mutuo, pensó Leona.

Un sonoro pop anunció el primer descorche y Florence siguió el sonido como el sabueso olfatea a su presa. La siguió un rebaño de duquesas y condesas de diversa índole y poca monta. Pasaron media hora y un centenar de caras sin que apareciera ningún personaje interesante. Leona intercambió pésames ensayados por agradecimientos falsos y escuchó, estoica, los brindis absurdos a la salud del difunto y las carreras de tacones con meta en la mesa del bufé.

Estaba desesperada por hacerse con una copa de champán. Hasta Chumina habría bebido ya más que ella, de eso estaba segurísima, apostada siempre en el umbral de la puerta de la cocina para interceptar las bandejas. Al fin una de las camareras se puso al alcance de su brazo y Leona atrapó una copa de un zarpazo. Se la iba a llevar a los labios cuando, de entre la marabunta que mancillaba su salón, apareció una mano que le arrebató la copa y la depositó sobre la bandeja de otra camarera que pasaba... y se marchaba.

—¡Richard! ¿Qué haces?

—Contente, Leona. Está aquí la prensa.

—¿Cómo se atreven? Esto es una celebración privada.

—Duelo, Leona. Duelo.

—Me da igual. Échalos. —Le daba un poco de lástima pedirle estas cosas al pequeño de Richard, pero tendría que arreglárselas.

—Es Norma Winphrey.

Norma era la presentadora de The Marvelous Show, el programa de máxima audiencia nacional, que se emitía en la cadena de su marido. En su cadena. De alguna forma, Leona era ahora su jefa, pero ¿de qué le servía ser la jefa de la cara más popular del país? No es que pudiera despedirla. No podía permitir que Norma la viera bebiendo. Bastaba un pequeño comentario sutil en antena para que las masas ignorantes de toda la nación la tomaran por una alcohólica. Leona siguió a su copa con la mirada y la vio alejarse con lágrimas en los ojos.

—¡Voy a por Norma! —exclamó Richard, triunfal—. Que te vea así.

Leona aguantó sin parpadear hasta que Richard volvió con la presentadora y su séquito. Entonces se permitió por fin cerrar los ojos e incluso apretó los



párpados un instante, pero de allí no salió ni gota. Maldijo entre dientes antes de forzar una sonrisa.

—Gracias por venir, Norma.

—¿Cómo podía faltar? Es el evento del año, cariño —dijo, abriendo las manos como un evangelista para referirse a la alta sociedad que las rodeaba—. Me refiero a la muerte de tu marido, por supuesto. La tragedia del año.

—Nos ha pillado a todas por sorpresa, ¿quién se hubiera esperado un infortunio así?

—Hay que decir que el accidente es de lo más sospechoso —susurró Norma. Esta quería tirarle de la lengua, pero Leona le pararía los pies.

—Norma, por favor, ¿tú también? —dijo con su tono más vejatorio, que era el que mejor se le daba—. Ya ha habido suficientes invenciones y falsos rumores. No manches tu reputación con habladurías.

—Leona, mi labor como periodista es indagar. Pero si tú dices que no hay nada que escarbar, no preguntaré más.

Periodista, decía, la mujer florero. Esta no había escrito una de sus preguntas en su vida.

—Tus entrevistas a Howard siempre sacaban lo mejor de él —dijo en cambio.

—Ese es mi secreto, Leona: hallar lo que esconde la figura pública y mostrar a la auténtica persona —Leona sintió un pequeño ataque de pánico al oír esto—. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? —añadió Norma, guiñando un ojo.

A mí no me muestras tú ni en sueños, pensó Leona, tragando con fuerza.

—Precisamente quería hablarte del programa —continuó Norma. Leona estaba intrigada y dispuesta a decir que no a todo lo que le propusieran—. El momento no podía ser más inoportuno, pero estamos a mediados de diciembre...

—Norma dejó la frase en el aire como si tuviera que significar algo para Leona. Ella se encogió de hombros y obligó así a Norma a explicarse—. Ya sabes de lo que te hablo, Leona —continuó ella, resabida—. El tradicional mensaje navideño de Howard. —A Leona le daba rabia que lo llamara por el nombre de pila. ¿Qué confianzas eran esas? — He tenido una idea fantástica: creo que deberías tomar el testigo y realizarlo tú.

Richard, que había estado escuchando todo el rato, intervino.

—Honras a la señora Carrington con tu oferta, Norma, pero me temo que Leona no se siente cómoda delante de las cámaras. No tiene tu experiencia y tu soltura.

Menudo adulator. ¿Mentía igual de bien cuando le hablaba así a ella? No permitiría que esto quedara así.



—Pero ¿qué dices, Richard? El público me adora. —Puestos a mentir todos, ¿por qué no hacerlo a lo grande? Le hizo un gesto a Richard con la mano para que se marchara, el que se le hace a las gallinas y a los pobres—. Norma, encanto, será un placer realizar el discurso navideño, como heredera del legado de Howard —odiaba llamarlo así, pero Norma no le dejaba otra opción— y como dueña de la cadena, por supuesto. —No estaba de más recordárselo.

—Por supuesto —asintió Norma, forzando una sonrisa—. Entonces, ¿te parece bien si traemos el equipo mañana?

—¡Mañana?! —dejó escapar Leona, pillada por sorpresa.

—Sé que la fecha es inoportuna, Leona, pero coincide, y es una tradición. Aunque... —Norma se detuvo, pensativa, ¿o quería ganar tiempo?— Mira, ¿sabes qué? Si no quieres, no lo tienes que hacer. Ya lo haré yo.

Y un cuerno le iba a robar esta el protagonismo. Esa era la trampa: quería sustituir a su marido en el tradicional saludo navideño frente a todo el país. Pues se iba a quedar con las ganas.

—Será un placer recibirlos, Norma.

Leona le echó una mirada fulminante a Richard, que agachó la cabeza y se marchó a su despacho a escribir el discurso. No pensaba leer públicamente sus zalamerías para proletarios, pero le serviría de base sobre la que improvisar.

Llamaban al timbre.

—¡Uh, la puerta! —exclamó Chumina.

Llamaban con insistencia. ¿No tendrían que haber llegado ya todos los invitados? Si alguien se presentaba tarde, podría tener un poco más de paciencia. Por suerte, Norma estaba de espaldas a la entrada y Leona, mirando por encima de su hombro como hacía con todo el mundo, podía atisbar lo que pasaba. Chumina se acabó una copa de champán, la dejó sobre una bandeja que pasaba y abrió la puerta. Desde donde estaba, no podía ver quién había al otro lado, pero observó que Chumina se quedaba sin habla un segundo, y eso no le pasaba nunca. Aguzó el oído para escuchar la conversación.

—Buenaas —saludó Chumina, tras recuperarse, con su habitual falta de clase—. ¿Qué se le ofrece?

—Lléveme ante la señora Carrington —exigió una voz. Era grave, pero de mujer.

—Uuuu, está ocupadísssima. Tendrá que esperar ahí. —La mano enguantada de Chumina trazó un ligero arco y señaló la silla incomodísima de madera tallada que reservaban para las visitas no deseadas.

—Faltaría más —respondió la voz con educada determinación. Su dueña, ni



corta ni perezosa, pasó junto a Chumina, junto a la silla, y se adentró en la casa. —¿Leona? ¡Leona!

—¡Pero señorita! ¡Señorita! —Chumina intentó darle caza, sin éxito.

Leona no podía permitir un escándalo delante de Norma y de sus invitados, así que se excusó y salió al recibidor a atajar la situación. Podía sentir la mirada de Norma clavada en la nuca.

Leona interceptó a la extraña. De ahí no pasaba. Qué poco iba a durar esta en la casa. Chumina llegó por fin junto a la intrusa y la agarró de un brazo. Tiró de ella hacia la puerta, pero la otra había plantado los tacones en la moqueta y no pensaba moverse.

—Lo siento, señora —se disculpó Chumina—, pero con esas piernas tan largas no podía alcanzarla.

—Gracias —contestó la recién llegada.

—¡Ni gracias ni nada! —saltó Chumina—. ¿Qué modos son estos? Por mucho que se haya arreglado —continuó, no sin cierta admiración—, es usted una fresca. ¡Y ese escote! Señora, esta no viene al funeral: esta viene a liarla. ¡Pues con menuda se ha topado!

La intrusa bregaba con Chumina, y Leona aprovechó para observarla. Con cada forcejeo, su espesa melena, negra como la noche, ondulaba en el aire y acariciaba sus hombros desnudos. Un vestido del mismo color realizaba sus sensuales curvas. Era demasiado entallado para el luto; no habría estado fuera de lugar sobre el escenario de un cabaret. La mujer, pechugona, tampoco. Leona la odió de inmediato.

—¿Qué alboroto es este? —dijo, plantada ante la intrusa—. ¿No ve que estoy ocupada? ¿Quién es usted? —la miró a los ojos. Podía parecer joven, pero la delataba una dureza en la mirada que revelaba más años de los que aparentaba—. Su cara me suena...

—Lo dudo mucho —sentenció la extraña, luchando para recuperar su brazo.

—Y su voz me es familiar. Yo la conozco —insistió Leona.

—Usted no me conoce de nada. Durante veinte años he sido un ejemplo de discreción. Yo soy... —intentó adoptar una pose soberbia para realizar la presentación, pero Chumina se lo impedía. Con un último tirón, la intrusa recuperó su brazo. Girándose, le estampó a Chumina una sonora bofetada. La criada, boquiabierta, se llevó la mano a la cara, y la intrusa pudo por fin adoptar su ansiada y curvilínea pose—. Yo soy... la querida.

Aquello explicaba muchas cosas. A Howard Carrington le gustaban las mujeres con carácter, no cabía duda. Leona Carrington había encontrado la



horma de su zapato.

—Oh... —dijo Leona—. Ah... —añadió. Pero en seguida se recompuso—. La esperaba más joven.

—Qué gracia —respondió—. Howard me habló a menudo de usted y de su edad, pero nunca mencionó sus problemas de la vista.

Otra que lo llamaba por el nombre de pila. Pues se iba a enterar.

—Mi querida Querida... Estoy segura de que hubo muchas cosas que el señor Carrington —dijo Leona con énfasis— nunca le dijo.

—Él era un hombre muy reservado con ciertas personas —contrató la Querida—. Ni se imagina la de secretos que escondía.

—No me lo tengo que imaginar. —Leona miró de reojo hacia el salón. Dos docenas de rostros desaparecieron instantáneamente del marco de la puerta—. Acompáñeme. No querrá tener esta conversación delante del servicio. —Ni delante de todo el cortejo, pensó Leona—. Chumina, tengo una misión para ti —añadió, volviéndose hacia la criada, que todavía se acariciaba la mejilla, y entregándole un compacto fajo de billetes—. Necesito un auténtico modelazo para mi maravillosa aparición televisiva. —La miró de arriba abajo—. Sí, creo que tenemos la misma talla.

Chumina se dio la vuelta y se detuvo a contar los billetes como la urraca que era. Con eso estaría entretenida.

—¡Basta de distracciones! —exigió la Querida—. ¡Me va usted a escuchar ahora mismo!

—¡Pero Querida! —la detuvo Leona muy digna—. No querrá deshonorar la memoria de su querido Howard montando una escena en su funeral, ¿verdad?

—¡Me importan un bledo usted y su...! —empezó a decir la Querida, pero cuando Leona se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras, se vio obligada a seguirla. Las miradas de los invitados hicieron lo mismo.

Leona avanzó por el pasillo de la primera planta hasta su salita de estar privada. Sostuvo la puerta hasta que hubo entrado la Querida y después la cerró, seguramente en las narices de Chumina.

—Hable de una vez —espetó Leona en cuanto se hubieron sentado—. ¿Qué demonios la trae por aquí?

—La herencia, por supuesto —respondió la Querida, desafiante—. Lo sé todo. Leona rio.

—Imaginaba que acabaría presentándose a mendigar unas migajas del pastel.

—Mendigar, dice... Howard tenía muy buenas razones para incluirme en su testamento. —Su voz se quebró—. Pero en la lectura de esta mañana, mi nombre



no aparecía por ninguna parte.

Leona se encogió de hombros

—No sé de lo que me está hablando.

—¡Ese testamento es falso! —exclamó la Querida, dando tal golpe en la mesita que saltó la campanilla. Leona se preguntó si Chumina intentaría usar el tintineo como excusa para abrir la puerta—. ¿Acaso va usted a negarlo?

—No se preocupe, amiga Querida. He de reconocer que, aunque no nos conocíamos, hace tiempo que siento cierto aprecio por usted. —Leona le ofreció un pañuelo de papel, con el que la Querida secó sus lágrimas.

—¿Aprecio por qué?

—Por alejar a mi marido de mi vista, por supuesto.

A la Querida se le escapó otro sollozo, al parecer dolida porque alguien pudiera despreciar así a su querido Howard. Por mucha presencia que tuviera, la Querida era débil. Leona podía entender que el hombre más rico de América se hubiera interesado por ella, pero ¿que la hubiera aguantado veinte años? No podía ser cierto.

—Es usted una arpía sin sentimientos —pronunció la Querida.

—No, no crea, y se lo voy a demostrar —dijo Leona, dispuesta a librarse de la intrusa de una vez por todas. Se levantó y se dirigió a uno de los aparadores—. He reservado para usted uno de los tesoros más preciados del señor Carrington. Un artículo cuyo auténtico valor quizá solo usted supo apreciar.

Abrió un cajón y extrajo una caja de madera de unos cuarenta centímetros de largo, demasiado grande para ser un joyero y demasiado pequeña para llamarse cofre. La depositó sobre la mesita, que crujió bajo su peso.

—Un gesto encomiable... —admitió la Querida, intrigada, antes de añadir— impropio de usted.

—Como mujer, mi querida Querida, tengo mis momentos de debilidad —confesó Leona, y rio. Así es como se comportan las mujeres sensibles, ¿verdad?

La Querida extendió una mano hacia la caja, pero Leona la detuvo.

—Llévesela, y no vuelva a poner un pie en esta casa.

La Querida mantuvo la mano en el aire un instante, y luego, aceptando la condición, la hizo descender y acarició la tapa.

—He de reconocer que a pesar de todo, en el fondo, ha sabido estar a la altura de las circunstancias. —La Querida parecía repuesta por completo. Seguro que todo había sido teatro.

—Es mi especialidad —sentenció Leona. Dispuesta a poner punto final a la conversación, agitó una vez más la campanilla—. ¡Chumina! ¡Chumina!



Leona quería asegurarse de que aquella mujer se marchaba antes de reunirse de nuevo con sus invitados. La criada la acompañó hasta la salida, donde intercambiaron unas palabras que se esforzó en oír.

—Bueno, vuelva cuando quiera, ¿eh? —dijo Chumina, pendenciera. No le quitaba ojo a la caja de madera que la Querida llevaba en sus brazos, pero no era de extrañar: la agarraba como si contuviera sus órganos vitales.

—Creo que no será necesario, pero gracias. —La Querida hizo amago de irse, pero todavía se detuvo—. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No señorita, yo soy italiana.

—Ah, sí, me cuadra. Con esa figura de espagueti...

Chumina abrió la puerta, ofendida, y Fuffy aprovechó para entrar. Se detuvo gruñendo a los pies de Leona, que la cogió en brazos. Por fin la puerta se cerró y Leona interceptó a la criada con su tono más severo.

—No quiero que esa mujer vuelva a pisar esta casa, ¿me has oído?

—No se preocupe, señora —contestó Chumina, apocada—. Ha dicho que no tiene intención de volver.

—Oh, volverá... —afirmó Leona, pensando en el contenido de la caja—. Ya lo creo que volverá.

Tuvo que aguantarse la risa porque los invitados la estaban esperando. Podía oír la tempestad en el horizonte, sí... pero Leona Carrington siempre tenía un plan.